

Debates

La guerra imperial y el movimiento de resistencia global

José María Gómez

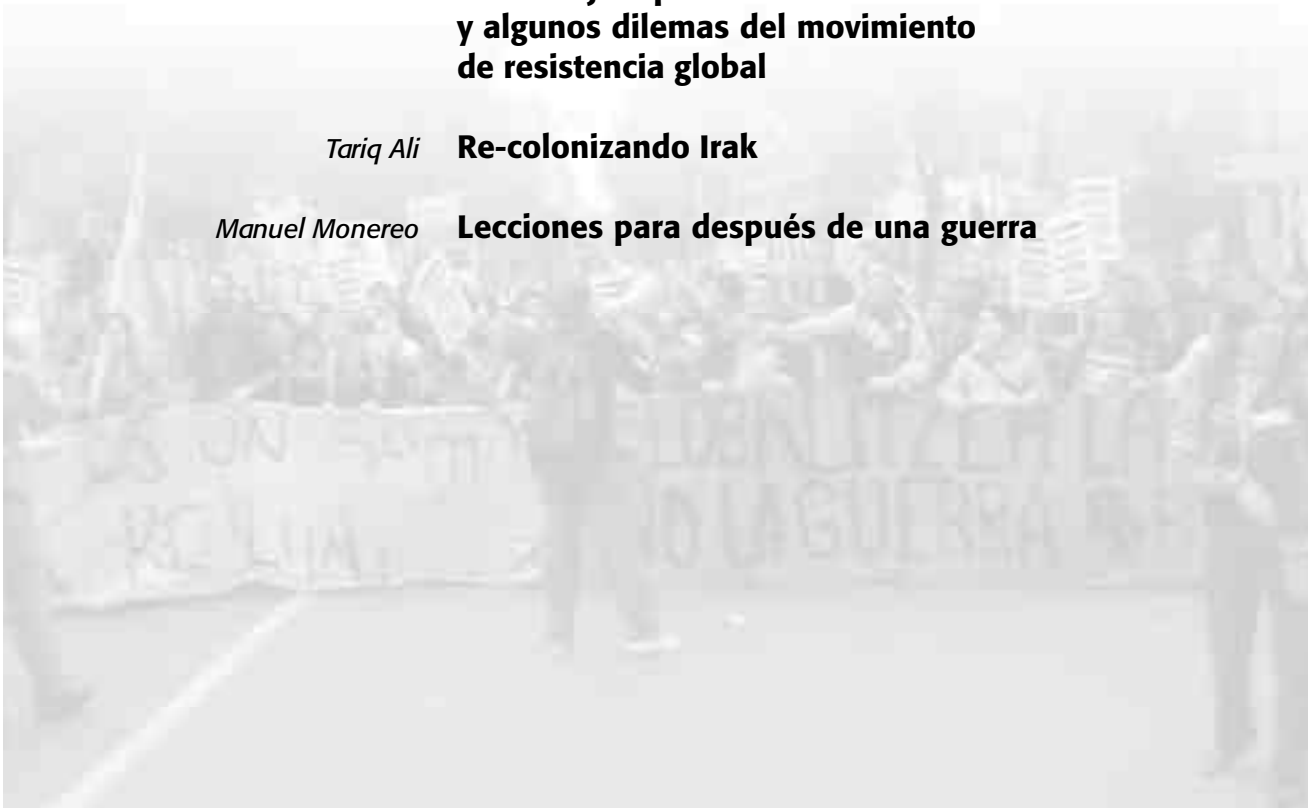
**El Leviatán imperial,
el caso “jurisprudencial” de Irak
y algunos dilemas del movimiento
de resistencia global**

Tariq Ali

Re-colonizando Irak

Manuel Monereo

Lecciones para después de una guerra



El Leviatán imperial, el caso “jurisprudencial” de Irak y algunos dilemas del movimiento de resistencia global

José María Gómez*

* *Profesor e investigador
del Instituto de Relações
Internacionais de la
Pontifícia Universidade
Católica de Rio de Janeiro
(IRI-PUC/Rio).*

Tres semanas de combate bastaron a la ofensiva estadounidense para derrotar al ejército iraquí y derribar al régimen de Saddam Hussein. Un resultado militar tan contundente cuanto previsible, si se recuerda la disparidad brutal de fuerzas existente antes de la deflagración del conflicto entre la máquina bélica más poderosa de la historia y la del país invadido. Es cierto que a la victoria militar de Estados Unidos aún le falta el codiciado trofeo de las cabezas reales del exdictador y de la mayoría de los jefes del régimen depuesto.

Además, no se han encontrado las supuestas armas de destrucción masiva, principal justificación del ataque, y gruesos errores de cálculo se han puesto en evidencia sobre la capacidad de resistencia del ejército iraquí y del propio régimen o sobre el recibimiento festivo que la población daría a las tropas invasoras. Sin embargo, nada de ello afecta la magnitud del triunfo. Los “halcones” del gobierno de Bush que desearon y planearon la guerra lo sa-

ben muy bien; por eso exultan y celebran sin moderación. Es que los motivos sobran: fue rápida, tuvo pocas bajas propias, se testearon con éxito armas de tecnología avanzada y una nueva concepción estratégica, se anuló la crítica a la conducción de la guerra proveniente de sectores de las Fuerzas Armadas norteamericanas, y, sobre todo, se creó la condición necesaria para proseguir con sus proyectos.

Concluida la fase convencional de la guerra, se abre ahora la llamada "reconstrucción" política y económica de Irak, un proceso mucho más complejo e imprevisible que la propia guerra, aunque con todas las marcas y legados del período en que ésta se gestó y se llevó a cabo. La guerra no muestra sólo vencedores y vencidos entre los combatientes: deja tras de sí un país devastado por el sufrimiento humano, la pérdida de vidas inocentes, la destrucción de la infraestructura y del patrimonio cultural, y el caos generalizado que acompañó el desmoronamiento del régimen y la disolución del Estado. Y deja también, además de turbulencias extremas en la región más explosiva del planeta, una crisis grave y sin precedentes en el sistema internacional y en la política mundial de los últimos cincuenta años. De ahí que surjan preguntas inevitables a propósito de qué guerra es ésta, por qué ocurrió, qué pone en juego y cuál es su significado y alcance. Desde luego, dada la inmediatez del acontecimiento y la incertidumbre radical que envuelve el futuro de Irak, de Oriente Medio y del pretendido orden mundial en gestación en el cual se inscribe, estas notas se limitarán a plantear algunas cuestiones sobre la naturaleza de esta segunda Guerra del Golfo y sus consecuencias e impactos, en particular sobre el movimiento de resistencia global, comprometido, normativamente, con la construcción de un orden global alternativo.

Una guerra ilegal

Cuando el 20 de marzo pasado Estados Unidos y Gran Bretaña iniciaron los ataques contra Irak sin autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en nombre de una guerra "preventiva" que eliminase la supuesta amenaza del uso de armas de destrucción masiva y sustituyese un régimen dictatorial por una democracia liberal, no sólo se violaba de manera flagrante el derecho internacional, sino que también se asestaba un golpe mortal al conjunto de principios y normas del sistema internacional implantado en la post-Segunda Guerra Mundial, un sistema que hace de las Naciones Unidas el *locus* institucional por excelencia de la producción de la ley y de la legitimidad internacional, especialmente en lo concerniente al uso de la fuerza en las relaciones entre estados soberanos. En efecto, el derecho internacional no admite la figura de una hipotética "legítima defensa preventiva" ni ampara intervenciones armadas destinadas a cambiar regímenes políticos, por más crueles y odiosos que éstos sean, para implantar una forma democrática de gobierno (aunque la guerra "humanitaria" de Kosovo emprendi-

“La guerra no muestra sólo vencedores y vencidos entre los combatientes: deja tras de sí un país devastado por el sufrimiento humano, la pérdida de vidas inocentes, la destrucción de la infraestructura y del patrimonio cultural, y el caos generalizado que acompañó el desmoronamiento del régimen y la disolución del Estado.”

da por la OTAN ya había abierto un precedente) (Ramonet, 2003). La Carta de las Naciones Unidas establece que todo acto de fuerza de un Estado contra otro que no cuente con el respaldo explícito del Consejo de Seguridad constituye una agresión ilegal, a no ser en caso de legítima defensa y en respuesta a un ataque armado. Y éste no era el caso de Irak, como lo ha demostrado el fracaso diplomático de los partidarios de la acción bélica en vencer a la mayoría de los miembros del Consejo de Seguridad –y no sólo a Francia y Rusia, principales opositores y miembros permanentes con derecho a veto– de que dicho país representaba una amenaza inminente a los estados vecinos, a Estados Unidos y a la comunidad internacional.

A partir del momento que la única superpotencia reivindica para sí el derecho de usar la fuerza a su antojo y, al ejercerlo, entra en la ilegalidad, lo que se pone al descubierto es una gravísima ruptura de los consensos que cimentaron la arquitectura del sistema internacional de post-guerra y la cristalización de divisiones inéditas en el seno de Naciones Unidas, de la Alianza Atlántica y de la Unión Europea. Se trata de una situación de crisis inédita que a su vez tiende a intensificarse a medida que se refuerza la postura de prepotencia y desprecio del derecho internacional y de las instancias multilaterales que hoy prevalece en la conducción de la política externa del gobierno de Bush. De hecho, tal postura ya se delineaba antes de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, con el rechazo de una serie de tratados y convenciones internacionales importantes de cuya elaboración Estados Unidos había participado (entre otros, el Tribunal Penal Internacional y el Protocolo de Kyoto). Pero fue después de ellos que la misma se consolida y sigue su marcha ascendente hasta culminar en la crisis actual.

Por un lado, en nombre de la seguridad nacional e internacional amenazada, se crearon dispositivos domésticos y globales que constituyen verdaderas aberraciones jurídicas de control y sanción que pasan por encima de ba-

rreras y limitaciones legales de protección a los derechos más elementales de las personas, ya sean ciudadanos nacionales o extranjeros. El "modelo Guantánamo" aplicado a los detenidos de Al-Qaeda y a los talibanes afganos –considerados "combatientes ilegales" y no prisioneros de guerra para evitar la protección de las Convenciones de Ginebra– es, en ese sentido, el símbolo emblemático de lo que tal vez constituya el ataque más regresivo dirigido al régimen internacional de derechos humanos desde su nacimiento.

Por otro lado, no quedan dudas del escaso valor que la superpotencia atribuye a instituciones internacionales que no domina por completo cuando uno de los más influyentes ideólogos de los "halcones" belicistas de la Casa Blanca y del Pentágono, Richard Perle, afirma la caída de la ONU y la formación de coaliciones voluntarias que, "lejos de menospreciar(las) como una amenaza contra un nuevo orden mundial, deberíamos reconocer que son, por defecto, la mejor esperanza para ese orden y la verdadera alternativa a la anarquía causada por el triste fracaso de Naciones Unidas" (*El País*, 2003[a]). Con tal claridad de propósitos, no causa sorpresa que el presidente Bush, tras anunciar repetidas veces el riesgo de irrelevancia que pesaba sobre Naciones Unidas si no se plegaba a su voluntad, haya finalmente conseguido crear las condiciones de realización de la profecía. Pero con ello, como subraya Jürgen Habermas, "la autoridad normativa de Estados Unidos está hecha pedazos" (*Folha de São Paulo*, 2003[a]).

Una guerra inmoral

La ilegalidad de la guerra se combina con su abierta inmoralidad. Se trata de una guerra injusta por definición, pues constituye una agresión unilateral preventiva sin respaldo en la legítima defensa, sin ser respuesta a un ataque inminente. Pero más que preventiva, y al igual que la guerra de Afganistán contra los talibanes y Bin Laden (o contra Noriega en Panamá), ésta es una guerra de "rectificación" (Ortega, 2003), en tanto los enemigos de hoy son los aliados estratégicos de ayer, con derecho por entonces a armas –incluso de destrucción masiva– y financiamiento. La inmoralidad salta a la vista cuando se verifica la dosis elevada de cinismo, hipocresía y mentiras que se han movilizad para justificarla con relación a liberar al pueblo iraquí de la tiranía, derrocar el régimen baasista en razón de sus conexiones con Al-Qaeda y con el terrorismo internacional, y principalmente eliminar la amenaza del uso de armas químicas, biológicas y nucleares. Que la dictadura de Saddam Hussein fuera abyecta y merecedora de su destino (como tantas otras, por lo demás, que apoyan la llamada coalición anglo-norteamericana) no implica que se justifique la imposición de la democracia y de los derechos humanos a través de una guerra cruenta y desde afuera. Hay en ello una incompatibilidad absoluta entre principios y medios.

Además, excepto por parte de los kurdos, la mayoría de los iraquíes no parece tener un sentido de la liberación coincidente con el de las fuerzas de invasión, como lo demuestran las crecientes manifestaciones religioso-políticas de chiítas reivindicando la reconstrucción de un Irak sin ocupación extranjera. Tal vez lo que se está diseñando no sea un régimen democrático propiamente dicho, sino un gobierno más o menos representativo de las principales comunidades y grupos étnicos, religiosos y tribales, pero bajo control absoluto de Estados Unidos. En todo caso, el poderoso Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, ya anticipó que Estados Unidos jamás admitirá un resultado electoral futuro que dé lugar a la implantación de un estado islámico, de inevitable perfil anti-norteamericano. Asimismo, la denuncia de las conexiones entre el régimen depuesto y los atentados terroristas del 11 de septiembre, aunque goce de gran aceptación en el público norteamericano como resultado de la propaganda y la desinformación diseminadas por el gobierno y los medios de comunicación, no resiste el menor análisis. Basta simplemente recordar la animosidad histórica que oponía un régimen de origen secular y nacionalista a organizaciones terroristas transnacionales embebidas de fundamentalismo islámico. Sin embargo, es a propósito de las armas de destrucción masiva que las mentiras llegaron al paroxismo.

Como si no fuese suficiente el hecho de que se interrumpieron los trabajos de inspección a cargo de la ONU en el preciso momento en que se reconocían importantes avances (y ninguna prueba de la existencia de tales armas), se ha confirmado por intermedio de Hans Blix, jefe de los inspectores, que Estados Unidos y el Reino Unido utilizaron documentos falsos para defender la acción militar (*Folha de São Paulo*, 2003[c]; *El País*, 2003[c]). Si ya era chocante que las tropas de ocupación no hubiesen encontrado ningún vestigio de armas, esta acusación se torna aún más grave con el rechazo actual de Estados Unidos a permitir la vuelta de los inspectores de la ONU y su insistencia en que la investigación será llevada adelante por sus propios especialistas, al mismo tiempo que propone el levantamiento del bloqueo económico resuelto por la ONU hace doce años atrás, cuya suspensión está condicionada a la inexistencia comprobada de dichas armas. A su vez, ¿cómo justificar la guerra en función de una amenaza no comprobada y recurrir a una parafernalia de armas *high-tech* –misiles intercontinentales, bombas “inteligentes” y de fragmentos en zonas urbanas, municiones con uranio empobrecido–, no menos mortíferas y devastadoras que aquellas que se intenta eliminar, al servicio de una táctica militar “quirúrgica” que adoptó el sugestivo nombre de “choque y terror”? ¿Por qué la prioridad de atacar a Irak, teniendo en cuenta que otros países –como es el caso de Corea del Norte– se muestran de manera ostensiva implicados en la proliferación de armas nucleares, así como en la decisión de testarlas, exportarlas o usarlas conforme sea la reacción norteamericana?

Una guerra imperial

Si los argumentos esgrimidos por la coalición anglosajona para justificar la guerra contra Irak carecen de credibilidad, ¿cuáles son entonces los motivos reales que la impulsaron? Una respuesta recurrente apunta a los intereses norteamericanos en el petróleo iraquí. Desde luego, a nadie se le escapa que la riqueza petrolera del país –nada menos que la segunda mayor reserva del mundo luego de Arabia Saudita– desempeña un papel crucial en el conflicto, por la simple razón de que este recurso energético es esencial al funcionamiento del conjunto de la economía mundial (cuyo consumo se calcula que aumentará cerca de 20% en la próxima década) y, en particular, de la tríada Estados Unidos-Europa-Japón, fuertemente dependiente de ese tipo de importaciones. Para cualquier potencia, pero sobre todo para la hiperpotencia, tener control sobre el suministro, la regulación de los precios y la lucrativa explotación del petróleo por parte de sus empresas de origen se torna una cuestión estratégica fundamental. En ese sentido, el Golfo Pérsico y la región del Mar Caspio ocupan un lugar privilegiado. Diversos documentos internos de la administración Bush (sea en torno del Departamento de Defensa o en grupos de trabajo como el que, presidido por el vicepresidente Dick Cheney, elaboró el Plan Energético Nacional sometido a discusión en el Congreso de EE.UU.) así lo indican (Navarro, 2003).

Si bien en términos generales Estados Unidos ya ocupa una posición confortable de dominio en esos tres ámbitos (Wallerstein, 2003), no cabe duda de que la invasión militar a Irak permitirá reforzarla aún más. Por ejemplo, en materia de regulación del precio, sería un duro golpe a la OPEP si Irak saliese de la organización; pero aún así, aunque aumentase su producción –algo que no será ni fácil ni rápido, dado el volumen substancial de inversiones requeridas–, el país no podría, en un horizonte cercano, alcanzar o sustituir a Arabia Saudita, país con el cual por otro lado Estados Unidos tiene relaciones bastante conturbadas. A su vez, en materia de explotación, el triunfo militar permitirá implantar nuevas reglas (tal vez la privatización) y, más importante aún, redistribuir las cartas de los futuros beneficiarios y perjudicados (en el primer caso, las corporaciones norteamericanas y británicas Exxon/Mobil, BP, Chevron/Texaco, Royal Dutch/Shell, y en el segundo las francesas, rusas y chinas, con contratos ya firmados con el régimen de Saddam Hussein) (Tuquoi, 2003; Khahn, 2003). De hecho, toda la fase de reconstrucción económica y política de Irak pasa por el petróleo, por quién y cómo participará no sólo de la producción directa sino también del financiamiento de las obras infraestructurales que su exportación permita, una vez que se levanten el embargo y las sanciones de la ONU impuestos desde 1991. Verdadero botón de guerra, él está hoy en el centro de las disputas que de nuevo se traban en el Consejo de Seguridad de la ONU: por un lado, Francia y Rusia, los líderes de la “coalición de los derrotados” contra la guerra (con quienes el antiguo régimen había contraído además pesadas deudas), reivindicando para la ONU un papel no sólo humanitario sino también político en la gestión de la transición de la ocupación militar a la instalación de un gobier-

no iraquí representativo; por el otro, Estados Unidos, que se opone a reconocerle tal papel a la ONU, que reivindica para sí el derecho del vencedor sin necesidad de negociar o rendir cuenta a nadie —incluso acaba de asignar los principales contratos a empresas norteamericanas de reconocidos vínculos con la administración Bush—, y que encima advierte a Francia que quedará afuera de la reconstrucción en represalia a su postura anterior. La ironía de la historia es que el empeño norteamericano en levantar con urgencia las sanciones y el embargo al petróleo para iniciar la reconstrucción lo hace tropezar de nuevo con la misma institución que considera inútil.

De las consideraciones anteriores, sin embargo, no se debe concluir que el motivo principal de esta segunda Guerra del Golfo fue el petróleo, ya que el costo financiero y económico —para no hablar del político y diplomático— no lo justifica. Basta recordar que, en el cuadro de la grave crisis económica en que está inmerso, Estados Unidos gastará en el

conflicto mucho más de lo que podrá obtener con los rendimientos líquidos del petróleo (el Congreso aprobó cerca de 80.000 millones de dólares para financiar la guerra, mientras que los rendimientos del petróleo iraquí difícilmente superen la cifra de 15.000 millones de dólares al año) (*Folha de São Paulo*, 2003[e]). Como dice Immanuel Wallerstein, “precisamente porque Bush y Cheney han estado en el negocio del petróleo, son conscientes de cuán pequeña podría ser la ventaja. El petróleo puede ser a lo sumo un beneficio colateral de una empresa acometida por otros motivos” (*Folha de São Paulo*, 2003[e]).



© Martín Fernández

En realidad, los atentados terroristas del 11 de septiembre le abrieron al núcleo duro de los neoconservadores belicistas del gobierno de Bush una oportunidad estratégica única para materializar sus ideas e imprimirle a la política externa norteamericana un giro radical. En rigor, no hay novedad en las ideas. Tampoco en los funcionarios e ideólogos que las diseminan e impulsan, quienes, con absoluta convicción y determinación, confían en la fuerza como medio disciplinador privilegiado de un proyecto de poder que asegure la preeminencia de Estados Unidos en todos los órdenes y en escala planetaria¹. La novedad viene entonces por cuenta de aquel acontecimiento inédito y del significado que se le atribuye como divisor de aguas entre la problemática transición inicial

del contexto de post-guerra fría por un lado, y por el otro la necesidad del reordenamiento del mundo sobre nuevas bases que la superpotencia sin rival, al sentirse invencible pero vulnerable², se propone llevar adelante con asumida ambición imperial. La llamada "Doctrina Bush", proclamada oficialmente en septiembre del año pasado, no podría ser, en ese sentido, más elocuente. En ella se afirma la identidad de la unión de los valores e intereses nacionales con los objetivos de la humanidad ("libertad política, la democracia y la libertad de empresa") y el propósito estadounidense de extender "los beneficios de la libertad a todo el orbe", incluso exportando su modelo de capitalismo al resto del mundo; se sustenta que la amenaza no proviene ya de cualquier otro estado, en tanto que victorioso de la guerra fría, y disfrutando de "una fuerza e influencia sin precedentes en el mundo", no admitirá que su supremacía militar sea desafiada –superada o igualada– por potenciales adversarios; en fin, ante la verdadera amenaza de las redes de terrorismo global que combinan radicalismo con tecnología catastrófica, Estados Unidos se atribuye el derecho exclusivo a lanzar ataques preventivos en sus nidos o en estados "renegados" y "fracasados" que pueden ser objeto de fácil utilización.

En la nueva concepción estratégica quedan sepultadas las doctrinas de contención y disuasión de la Guerra Fría y el principio de la no proliferación de armamentos basado en negociaciones y en tratados. En nombre de la lucha contra un enemigo evanescente que encarna "el Mal", se consagra la contra-proliferación activa y la guerra infinita –puesto que no conoce limitaciones territoriales y temporales ni acepta barreras jurídicas e instancias multilaterales– para todas las situaciones en que los intereses nacionales de seguridad estén en juego o bajo amenaza directa. De ese modo, al decir de Arthur Schlesinger Jr., Estados Unidos se convierte en "juez, jurado y verdugo del mundo por designación propia" (*El País*, 2003[d]). O sea, bajo reglas no escritas, se instituye un estado de excepción global permanente, frente al cual no pueden sino retroceder o suspenderse los derechos humanos y las libertades democráticas, como clásica solución hobbesiana del dilema entre el orden y la libertad. Es la consagración de un Leviatán imperial en que un único Estado reivindica para sí el derecho de la fuerza y el deber de policía del mundo, como expresiones de una soberanía absoluta que transforma la soberanía de todos los otros estados en un atributo relativo y contingente. De la mano del neoconservadurismo, vuelve así la afirmación del "imperialismo benigno" de los años '80, pero con mucho más vigor y menos pudor. En un libro reciente, William Kristol y Lawrence Kaplan lo señalan con todas las letras: "La misión comienza en Bagdad (...) Estamos al borde de una nueva era histórica (...) Este es un momento decisivo (...) Claramente esto va más allá de Irak. Incluso va más allá de Medio Oriente y de la guerra al terrorismo. Tiene que ver con el tipo de rol que Estados Unidos pretende ejercer en el siglo XXI"³. Por eso, esta guerra rápida y fácil contra Irak, decidida hace bastante tiempo atrás⁴, está llamada a funcionar como un caso "jurisprudencial" que pedagógicamente debe inducir al comportamiento "debido", no sólo del estigmatizado "eje del Mal", sino del resto del mundo (Ci-

rincione, 2003). Por eso también, junto a la globalización de la guerra como mecanismo privilegiado de solución de conflictos, se afirma la continuidad de la globalización económica neoliberal, difundiendo y reforzando un modelo de capitalismo basado en políticas clasistas extremas (aquel que con no poca ironía *The New York Times* llamó “la lucha de clases desde arriba”, con sus conocidas medidas de reducción de impuestos a los más ricos, contención de gastos sociales, aumento de gastos militares y de seguridad, desmantelamiento de los derechos sociales, etc.)⁵, aunque también es preciso reconocer que tanto una como otra han desencadenado y fortalecido la globalización de las resistencias sociales “desde abajo” en distintas partes del mundo, incluidos Estados Unidos y los demás países partidarios de la aventura guerrera.

Una guerra ineficaz

La victoria aplastante alcanzada en el plano militar se ha traducido en un importante triunfo político de los “halcones” en el seno de la administración Bush y del Partido Republicano, y consecuentemente ha creado las condiciones de continuidad de la estrategia implementada. La naturaleza imperial de esta última, y la demostración de fuerza del poderío militar norteamericano, han desencadenado un cambio sustancial en el mapa geopolítico del Medio Oriente y una acelerada reconfiguración de las relaciones de poder que atraviesan las principales instancias globales y regionales (ONU, Unión Europea, OTAN), además de las relaciones bilaterales con determinadas potencias. Según Donald Rumsfeld, Irak se convirtió en un “gigantesco laboratorio” en el que el conjunto de las Fuerzas Armadas estadounidenses aprende “cosas muy necesarias” para futuras campañas bélicas, ayudando así a consolidar lo que se considera una histórica “revolución estratégico-militar” en marcha (González, 2003). La ocupación de este país clave dará lugar a bases militares permanentes que permitirán proyectarse e incrementar la capacidad de presión diplomática sobre todo el Medio Oriente (en particular Siria e Irán, que están en la mira y rodeados). De ese modo se ha dado un paso decisivo en la dinámica expansiva militar que, iniciada en la primera Guerra del Golfo y ampliada con la guerra de Afganistán, hoy abarca Asia Central y Asia Oriental. Desde el punto de vista de la presencia y despliegue de fuerzas, no hay duda de que el imperio global ha salido fortalecido.

Sin embargo, si se vuelve la mirada hacia otras implicaciones y consecuencias, cabe preguntarse hasta qué punto esta guerra preventiva puede considerarse eficaz con relación a los objetivos que persigue. Lejos de tomar el mundo más ordenado y pacífico, como no se cansa de anunciarlo Bush en sus discursos de celebración, despuntan señales inquietantes que lo muestran cada vez más inestable y peligroso, haciendo caer toda la responsabilidad en Estados Unidos. En efecto, mientras la llamada opinión pública internacional manifiesta su oposición a la guerra en unos niveles y extensión nunca antes vistos, que-

da en el aire la terrible pregunta: ¿quién será el próximo de la lista? ¿Corea del Norte? ¿Irán? ¿Siria? En el corto plazo, parece poco probable que se decida otra acción bélica en virtud de la complicada agenda doméstica que el gobierno norteamericano enfrenta (elecciones presidenciales en el 2004, límites en la manipulación del sentimiento patriótico de la población y, sobre todo, la gravedad de la crisis económica, con expectativas futuras nada optimistas)⁶. Pero aunque no fuera así, hay fuertes chances de que la política agresiva de contra-proliferación resulte menos eficaz que la anterior de no proliferación, pues para los estados recalcitrantes apuntados, si hay una lección a sacar del tratamiento diferenciado entre Irak y Corea del Norte, ella consiste en acelerar la adquisición o los programas ya existentes de armamento (Wallerstein, 2003).

Irak ha pasado de una guerra cruenta y devastadora a una paz caótica, en la que el vacío de poder, después de décadas de dictadura, puede hacer explotar la caldera de tensiones etno-religiosas, con proyección hacia países vecinos (los kurdos y Turquía, los chiítas e Irán), mientras el espectro afgano de "conquista y negligencia" (Krugman, 2003), estimulado por los desastrosos de la ocupación, intensifica el descontento y el anti-americanismo. Por otro lado, los planes de remodelación del cuadro político de Medio Oriente, que contemplarían la exportación de democracia, cambios educacionales y libre comercio, junto a los resentimientos generados por dos agresiones sucesivas y victoriosas, preanuncian la desestabilización de la región —en especial, de los aliados estratégicos Jordania, Arabia Saudita y Egipto— y la radicalización de "la calle árabe" y de amplios sectores de la población de países musulmanes, lo cual incentiva el fundamentalismo islámico y las organizaciones terroristas. Como observa Noam Chomsky, "el ataque norteamericano a Irak es una respuesta a las oraciones de Bin Laden" (*Folha de São Paulo*, 2003[b]).

Los daños colaterales de la guerra en la estructura de poder global han sido inmensos, pero no hay duda de que de las tres fracturas expuestas —Consejo de Seguridad de

"Irak ha pasado de una guerra cruenta y devastadora a una paz caótica, en la que el vacío de poder, después de décadas de dictadura, puede hacer explotar la caldera de tensiones etno-religiosas, con proyección hacia países vecinos..."

la ONU, Unión Europea y OTAN— la de la Alianza Atlántica concentra las mayores preocupaciones de Estados Unidos. Mantener una ONU desmoralizada e irrelevante en la función específica de garantizar la paz y la seguridad internacional puede ser funcional a los intereses norteamericanos desde el punto de vista de la legitimación, a condición de restringir su actuación a acciones humanitarias⁷. La división en el seno de la Unión Europea tampoco les resulta desfavorable, pues al haber contado con el apoyo de miembros de peso y de los recién incorporados países de Europa del Este (contra la firme oposición de los dos principales propulsores de la experiencia integradora, Francia y Alemania), se pone en evidencia la enorme dificultad del bloque europeo para alcanzar una política exterior y de seguridad común. Más aún en un cuadro de aguda crisis del capitalismo a escala global, en el que se acentúan los conflictos comerciales, de inversión y de monedas al interior de la tríada, con inevitables implicaciones geopolíticas. Pero en contrapartida, el unilateralismo a ultranza de la estrategia preventiva del gobierno de Bush logró precipitar, en pocos meses, no sólo el cisma con los dos aliados más fuertes de la Europa continental, sino la formación de la única coalición que Estados Unidos se había empeñado tanto en impedir durante los últimos cincuenta años: la de Francia, Alemania y Rusia (Wallerstein, 2003), que, en la tentativa de establecer un contrapeso a la ofensiva del hegemon, levanta la defensa del multilateralismo y del derecho internacional. Las repercusiones de esta confrontación sobre la alianza militar occidental son graves y directas, porque ponen en juego nada menos que su presencia militar en Europa, la posibilidad de convertir a la OTAN —con Rusia incluida, Francia aislada y Alemania realineada— en una fuerza internacional de desplazamiento que mire hacia el Sur, o la emergencia definitiva de una fuerza militar europea autónoma.

Ante esta grave fisura del bloque imperial global en materia de seguridad, no sorprende que voces que alientan y aprueban la “Doctrina Bush” ahora se eleven para alertar sobre la necesidad urgente de desmontar el eje París-Berlín-Moscú y reconstituir, sobre bases y objetivos comunes, un instrumento considerado clave en la estrategia de reordenamiento global en curso. Según Henry Kissinger, “el trabajo de reconstrucción de Irak en la posguerra tendrá que reconocer que una base internacional amplia es deseable, pero también admitir la imprudencia de utilizarse el multilateralismo como slogan y la ONU como institución para aislar Estados Unidos (...) Tenemos una agenda extensa por delante: frenar la proliferación de armas de destrucción masiva, discutir las implicaciones políticas de la globalización, acelerar la reconstrucción de Medio Oriente (...) e iniciar una discusión de los principios que reconozca la necesidad ocasional de una acción preventiva sin, entretanto, permitir que cada país la defina por su cuenta (...) Estados Unidos puede esforzarse para traducir su hegemonía en un fomento sistemático del consenso internacional” (Kissinger, 2003). Robert Kagan, a su vez, señala que hay que evitar algunas “tentaciones peligrosas”, tales como castigar a los antiguos aliados que se opusieron a la guerra, estimular la división de Europa y disminuir la intensidad de la campaña di-

plomática. Debería hacerse lo contrario, ya que "la habilidad de Estados Unidos para liderar eficazmente el futuro dependerá mucho de cómo el mundo entiende y recuerda esta guerra" (*El País*, 2003[b]). En realidad, esas declaraciones revelan tres errores de cálculo inmanentes al proyecto estratégico norteamericano: primero, que con la postura de gladiador se obtendrá respeto y temor generalizados y el resto del mundo –estados y pueblos– estarán dispuestos a ponerse en fila, disciplinadamente; segundo, que la superpotencia prescinde de reglas e instituciones internacionales porque se basta a sí misma en las tareas exclusivas de ordenar el mundo a su imagen y semejanza; y tercero, que la supremacía militar será el recurso suficiente para mantener y reforzar su dominio en otros ámbitos (económico, político, ideológico, cultural) que no presentan la misma disparidad de poder⁸.

¿Cómo se detiene al Leviatán imperial?

Concluyendo estas notas quisiera destacar dos cuestiones cruciales, íntimamente vinculadas entre sí, que desde luego no podrán ser desarrolladas. La primera plantea que la coerción sin hegemonía –entendida esta última en el sentido gramsciano de "espiritualización de la dominación"– permite vislumbrar, en el mediano y largo plazo, fragilidades y contradicciones regionales y globales de una estrategia imperial sustentada en el despliegue de una fuerza descomunal, pero dissociada o en abierta confrontación con la legalidad y la búsqueda de legitimidad. Ello reactualiza, a otro nivel de complejidad e incertidumbre, la polémica discusión sobre la declinación de Estados Unidos⁹.

La segunda cuestión se refiere a la pregunta de quién y cómo ha de detener al Leviatán imperial en su vertiginosa marcha de control, represión y dominio, frente a todo lo que percibe como amenaza real o imaginaria a sus intereses, a la vez nacionales y mundiales. O sea, qué hacer para que Estados Unidos redescubra y respete al menos, lo más rápido posible, el derecho internacional, los principios de la contención y del multilateralismo, y el valor efectivo, para todos, de aquello por lo cual dice luchar: democracia, derechos humanos, estado de derecho, paz y seguridad internacional. En el plano doméstico, la posibilidad de cambio pasa en lo inmediato por la derrota electoral de un gobierno que, aliando el fundamentalismo de la libertad de los mercados a la paranoica expansión de las estructuras represivas del estado y la involución de las libertades democráticas, enfrenta una crisis económica profunda que alimenta el descontento social y el castigo político. En el plano internacional, el surgimiento del eje París-Berlín-Moscú, junto a las limitaciones financieras, políticas y estratégicas crecientes que le depare el rol de policía exclusivo del mundo, tal vez lo fuercen a recomponer alianzas y prestar mayor atención a la legalidad y a la legitimidad internacional. Ello puede ocurrir aún cuando no parezca cercana la emergencia de un contrapeso real que equilibre fuerzas (los antiguos

aliados que se tornan adversarios asumidos, o la confirmación del despuntar de China con aspiraciones hegemónicas), y a pesar –o a raíz– de que Francia, Alemania y Rusia, con bastante probabilidad, bajen el tono opositorista y pasen a negociar el botín de guerra de la reconstrucción iraquí, la revitalización de la Alianza Atlántica y una posición reconocida en el bloque imperial de poder del ordenamiento global en gestación. A su vez, la onda pacifista sin precedentes que se configuró antes y durante la guerra en distintas partes del mundo, pero de manera notable en Estados Unidos y en los países europeos que le dieron apoyo (en Gran Bretaña, España e Italia las multitudinarias manifestaciones de repudio a la guerra y a la posición de los respectivos gobiernos tuvieron amplia acogida en las opiniones públicas nacionales), también puede jugar un papel importante en los planos domésticos e internacional, presionando o castigando electoralmente a gobiernos y socavando cualquier tentativa de justificación de la Doctrina Bush y de eventuales ataques preventivos futuros.

Pero es al movimiento social de resistencia global –que desde Seattle a Porto Alegre, pasando por Génova, Florencia y una larga cartografía, no ha cesado de crecer geográfica, social y sectorialmente– que le cabe la responsabilidad mayor de llevar adelante el debate y la lucha política contra la emergencia de un orden mundial que combina el dispositivo policial de la guerra imperial con la continuidad cada vez más deslegitimada de la globalización capitalista neoliberal. Ante el cuadro regresivo y desarticulador de la política mundial causado por la respuesta de la superpotencia a los atentados terroristas del 11 de septiembre, los problemas de seguridad y del uso de la fuerza en las relaciones internacionales –incluso los problemas de las armas de destrucción masiva y la realidad incontestable del terrorismo transnacional– se han tornado prioritarios, debiendo ser incorporados al análisis de los principales conflictos en curso y en la búsqueda de estrategias alternativas a las dominantes. Lo mismo ocurre con relación al desmantelamiento actual del sistema multilateral creado después de la Segunda Guerra Mundial. No se trata de reivindicar la vuelta de la preponderancia de la ONU en su formato actual, sino de reconstituirla sobre bases completamente diferentes y al interior de un sistema democrático de gobernanza global, a los fines de no ignorar una trayectoria histórica de deserciones, ineficacia y parcialidades escandalosas en favor de los más poderosos. Basta simplemente recordar que la autorización del Consejo de Seguridad para iniciar la guerra preventiva contra Irak no la hubiera convertido en legítima. La inmoralidad de esa guerra, aunada a su obscuro carácter imperial, fue el motivo de las movilizaciones masivas y del renacimiento del pacifismo. Pero esto también implicó una pronunciada despolitización (simbolizada en el recorte negativo de las consignas, primero “no a la guerra” y luego “no a la ocupación”) de la cual el movimiento social global contrahegemónico debe tomar distancia para no sumergir su trabajosa dinámica de confluencias y objetivos en parálisis y desagregación. Más que nunca es preciso politizar la posguerra, articulando los no tan “nuevos” problemas de seguridad con los nunca “viejos” problemas de la

agenda anti-neoliberal, sin perder de vista los niveles de acción regional, nacional y local. La dinámica del III Foro Social Mundial de Porto Alegre tomó esa dirección y los foros regionales la continúan. Al final de cuentas, y para no dejar de mencionar a América Latina, el ALCA está ahí, y el Plan Colombia también. Sin duda la fuerza social y política acumulada no está todavía a la altura de las responsabilidades, las tareas y los desafíos trazados. Pero lo cierto es que el "movimiento de los movimientos" se presenta como el único vector de democratización de la política mundial que comenzó a andar, aunque no sepa bien el camino que está abriendo ni hacia dónde lo conduce éste.

Bibliografía

- Barker, Gerard 2003 "Calendário econômico e político trabalha contra nova guerra", en *Folha de São Paulo* (São Paulo) 15 de abril.
- Cirincione, Joseph 2003 "Bush rend le monde plus dangereux", en *Alternatives Internationales* (Paris) N° 7, mars-avril, p. 19.
- El País* 2003[a] "La caída de Naciones Unidas" (Madrid) 14 de abril.
- El País* 2003[b] "Resistiendo superpoderosas tentaciones" (Madrid) 14 de abril.
- El País* 2003[c] (Madrid) 8 de abril.
- El País* 2003[d] "La buena política exterior de Estados Unidos, víctima de la guerra" (Madrid) 1 de abril.
- Folha de São Paulo* 2003[a] "A guerra e seus juízos" (São Paulo) 27 de abril.
- Folha de São Paulo* 2003[b] "Nasce um pária internacional" (São Paulo) 26 de abril.
- Folha de São Paulo* 2003[c] (São Paulo) 23 de abril.
- Folha de São Paulo* 2003[d] "Entrevista a Robert Brenner" (São Paulo) 20 de abril.
- Folha de São Paulo* 2003[e] "Editorial" (São Paulo) 10 de abril.
- Frachon, Alain y Vernet, Daniel 2003 "Le stratège et le philosophe", en *Le Monde Diplomatique* (Paris) 15 de abril.
- Golub, Philip S. 2003 "Comment s'est décidée l'offensive contre Bagdad", en *L'Empire contre l'Irak* (Paris: Le Monde Diplomatique) N° 67, Manière de voir.
- González, Enric 2003 "La transición en Irak. Las repercusiones", en *El País* (Madrid) 18 de abril.
- Khahn, Annie 2003 "Les deuxièmes réserves du monde", en *Le Monde Diplomatique* (Paris) 12 de abril.
- Kissinger, Henry 2003 "Para que o mundo não volte ao século 19", en *Folha de São Paulo* (São Paulo) 13 de abril.
- Krugman, Paul 2003 "Conquista e negligência", en *Folha de São Paulo* (São Paulo) 12 de abril.
- Kupchan, Charles 2003 "La alianza atlántica yace entre escombros", en *El País* (Madrid) 15 de abril.

Le Monde Diplomatique 2003 "Entrevista a Paul Kennedy" (París) 10 de abril.

Navarro, Vincençs 2003 "¿Por qué Irak y por qué ahora?", en *El País* (Madrid) 18 de abril.

Ortega, Andrés 2003 *El País* (Madrid) 14 de abril.

Ortega, Andrés 2002 "Invencible y vulnerable", en *El País* (Madrid) 21 de septiembre.

Rai, Milan 2003 *Iraque. Plano de guerra* (São Paulo: Ed. Bertrand Brasil).

Ramonet, Ignace 2003 "Illégale agréssion", en *Le Monde Diplomatique* (Paris) abril.

Rieff, David 2003 "La crisis humanitaria", en *El País* (Madrid) 30 de abril.

Tuquoi, Jean-Pierre 2003 "Une éponge imbibée d'or noir", en *Le Monde Diplomatique* (Paris) 12 de abril.

Wallerstein, Immanuel 2003 "La guerra de los justos", 16 de febrero, <www.nodo50.org>

Wallerstein, Immanuel 2002 "Os Estados Unidos en declínio?", en *O fim do mundo como o concebemos* (Rio de Janeiro: Editora Revan) Prefacio de la edición brasileña.

Zizek, Slavoj 2003 "Irake: pró e contra", en *Folha de São Paulo* (São Paulo) Caderno Mais, 30 de março, p. 13.

Notas

- 1 Sobre las raíces intelectuales de los principales personajes –que no pueden ser confundidos con aquellos que provienen de la vertiente fundamentalista cristiana, y que también le imprimen ciertos trazos característicos a la gestión y al discurso del gobierno de Bush–, ver Frachon y Vernet (2003).
- 2 Según la expresión de Pierre Hassner, *¿Estados Unidos: el imperio de la fuerza o la fuerza del imperio?* (citado en Ortega, 2002).
- 3 *The war over Irak* (Ed. Encounter) 2002 (citado por Zizek, 2003).
- 4 Ver Rai, 2003; ver igualmente Golub, 2003.
- 5 Citado por Vincençs Navarro, op. cit.
- 6 Ver Barker, 2003. Sobre la gravedad de la crisis económica y el futuro previsible de estancamiento –o peor aún, recesión– que la guerra contra Irak no originó ni tiene condiciones para revertir, ver la entrevista de Robert Brenner (*Folha de São Paulo*, 2003[d]). Como sostiene este autor, "la combinación resultante de capacidad ociosa y severa presión de baja sobre los precios perpetuó, hasta ahora, la desastrosa caída de las ganancias. Esa crisis de ganancia es la fuente primordial de la debilidad económica actual de Estados Unidos".
- 7 Sobre los constantes riesgos de cooptación y recuperación de las acciones humanitarias de la ONU y de las ONGs internacionales ver Rieff, 2003.
- 8 Sobre los dos primeros errores ver Kupchan, 2003.
- 9 Ver Wallerstein, 2002; ver también *Le Monde Diplomatique*, 2003.